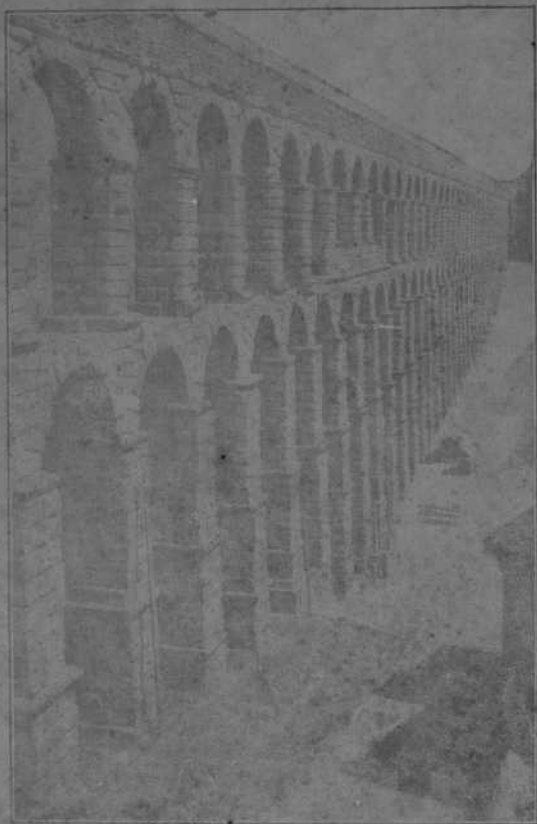


1. -

EL ACUEDUCTO
DE SEGOVIA



G-F 14784

FEDERICO BARAÑANO

DGCL
A

FEDERICO BARAÑANO

EL ACUEDUCTO

DE

SEGOVIA



SEGOVIA

Imp. de Carlos Martín

1925

t. 166482

PRÓLOGO

*No pretendemos con este folleto decir nada nuevo, nada que más ampliamente no hayan dicho otros historiadores del **Acueducto de Segovia**, sino por el contrario, nuestra idea ha sido recopilar en muy pocas páginas, lo que en numerosos libros se ha dicho de tan preciada joya arquitectónica. Por lo tanto, lector benevolente, pacienzudo, si buscas en estas líneas noticia alguna que amplifique lo que sabes del referido edificio, no prosigas, pues no has de hallarla.*

EL AUTOR.

Antes de llegar a la ciudad ha corrido el agua que pasa por el acueducto, tres leguas de camino.

Si digno de admirar es en sí dicho monumento, no menos lo es la gran obra ejecutada para traer las aguas hasta este punto, para lo cual hubieron de romper los peñascos de la montaña, hacer presas, formar minas, hasta sacarlas del sitio, casi inaccesible, de su nacimiento y llevarlas a la acequia, desde donde descienden con lentitud, después de infinitos rodeos, y llegan al acueducto.

En los *Cañuelos* empiezan a distribirse algunas de éstas, continuando el canal hasta la segunda *Caseta*, que se halla frente al Convento de San Gabriel, de Franciscos Descalzos (conocido por los Misioneros), donde se purifican de arena.

A pocos metros de la *Caseta* y a continuación de una gruesa pared de mam-

postería, dan principio los arcos, llegando a seis hasta el primer ángulo, con una elevación de 7,10 m. y 61,20 m. de longitud. De éste al segundo ángulo, que muere frente a la derruida iglesia de la Concepción, hay veinticinco arcos; 8 metros de elevación y 159 m. de longitud. Hasta el tercer ángulo, frente al derruido Convento de PP. Franciscos (hoy Academia de Artillería), hay cuarenta y cuatro arcos, con una elevación de 12,50 m. en su parte más alta y 281,19 m. de longitud.

Los treinta y seis arcos que siguen al 12.º, con una longitud de 225,42 metros, fueron destruidos en el año 1070 por el rey moro de Toledo Al-Maimon, al tomar la ciudad de Segovia.

Algunos de los sillares de la parte derruida, existen aun en Santa Columba, demostrando que los segovianos cuidaron más de reconstruir su muralla que el acueducto.

En el año 1440, se reedificó esta parte con madera y en el 1484, reinando Isabel

la Católica, empezaron a levantarse de nuevo los arcos por el arquitecto Juan Escovedo, fraile del Convento del Parral, terminando las obras el año 1489.

El tercer ángulo es una verdadera obra de arte; el pilar que le forma hace una curva variando de mediodía a norte la dirección de esta gigantesca obra, con una pequeña inclinación a occidente, midiendo 6,35 m. de frente y 12,71 m. de elevación.

La valentía de los arquitectos que le ejecutaron, la suntuosidad y arrogancia del monumento, donde el hombre no halla palabras para demostrar su admiración, empieza aquí, donde la doble fila de arcos corre hasta casi su final.

Consta de cuarenta y tres arcos la parte inferior y cuarenta y cuatro la superior. Estos van elevándose proporcionalmente al declive del terreno, hasta alcanzar su máxima altura en la Plaza del Azoguejo, volviendo desde aquí a menguar

hasta internarse en la muralla de la ciudad.

Por frente a la calle de San Antolín, la elevación de los pilares es de 26,29 metros; 29,47 m. en su mayor altura y en el último pilar, que es doble que los demás, 17,91 m. La longitud desde el tercer ángulo hasta la muralla es de 285 metros.

Encima de los tres pilares más altos o sea en el Azoguejo, existe un sotabanco de 1,73 m. de altura, por 17,34 metros de longitud; sobre el pilar del centro, por ambos lados del monumento, hay un nicho de forma cuadrilonga, en que según algunos historiadores, hubo en tiempos estatuas de Hércules. Forma este sotabanco o cartela, cuatro nichos, dos de ellos adecuados para sepulcros.

La obra primitiva continuaba por dentro de la muralla y aun se conservan algunos arcos, existiendo asimismo una obra de mampostería en la que se conoce algún otro arco.

Desde donde penetra el acueducto en la muralla, hasta el último arco, hay 55,77 m. de longitud, por lo que se calcula debía haber nueve arcos, con una elevación de 5,78 m. Por tanto, la obra primitiva debió constar de ciento setenta y un arcos y una longitud desde la segunda *Caseta* de 844,17 m. y un declive del 1 por 100. En la actualidad sólo existen ciento sesenta y cuatro arcos. La canal o tarrea está metida en una pared de mampostería de 2 m. de altura, habiéndose elevado posteriormente al dejar de prestar servicio para el fin a que fué destinada esta obra, en 0,76 m. y una longitud de 212 metros permitiendo caminar sobre la canal sin riesgo alguno.

Desde su altura se divisa extenso panorama digno de admirar.

La cartela o sotabanco, existente sobre los tres pilares más elevados, consta de tres hileras de piedras y en éstas se ven perfectamente unos agujeros en las que fundadamente se supone hallábanse sujetas letras, formando una inscripción. Y

ésto es una demostración del origen romano de tan sublime obra. (1)

A pesar de innumerables tentativas efectuadas, no ha podido, hasta la fecha, saberse lo que esta inscripción decía y el día en que un hábil anticuario pueda descubrirlo sabremos la generosidad de los pueblos que a sus expensas lo erigieran o el nombre de los arquitectos que le construyesen.

Entre los escritos conocidos de los antiguos historiadores, no se halla uno en que se haga mención de este puente, aun cuando no es de extrañar, pues existen varios monumentos en España de los cuales sabemos su origen por las inscripciones o por los descubrimientos que cada día se hacen.

No son pocos los historiadores que han hablado de tan grande obra, pero mu-

(1) Gregorio Mayans en su libro Orígenes de la lengua castellana, publicada en 1757, dice ser obra de los romanos este acueducto como consta por algunas letras que el día de hoy se ven.

chos, españoles y extranjeros, lo han hecho erróneamente, tanto en las medidas y número de arcos, como en el origen, atribuyéndole a Hércules; a su sobrino el Rey Hispan (1), al emperador Trajano y a otros varios que no hacemos mención porque a poco que nos detengamos ante tales aseveraciones veremos lo poco fundamentadas que están.

La fantasía popular le hace obra del Diablo en una noche y a tal efecto cuenta su leyenda.

Se ha discutido si era obra griega, egipcia, árabe, y romana, pero todos o en su mayoría han terminado por afirmar el origen romano.

Los pilares de forma cuadrada o cuadrilonga, tienen de 3 a 4 m. de grueso por 2 o 3 de frente, sin que exista uniformidad en estas dimensiones, toda vez que a mayor elevación es menor la medida, llegando a tener en la parte supe-

(1) Existen pruebas de ser fabuloso todo cuanto se ha dicho de estos personajes.

rior 1,50 m. de fondo y 1,25 de frente, estando ejecutada esta obra tan artificiosamente que casi es imperceptible a la vista humana.

Una cornisa corría toda la base del segundo orden de arcos y por efectos del tiempo ha desaparecido casi en su totalidad. Asimismo, sobre los arcos se ve otra cornisa o imposta, también casi desaparecida.

Los arcos no son iguales, pues en algunos la distancia de pilar a pilar es de 4 m. y en otros de 5 y 6, hallándose tan disimulado y artificioso que no midiéndolo difícilmente puede observarse.

La base de este gran puente, está en algunos sitios sobre un gran banco de arena y en otros, sobre la misma cantera de donde indudablemente se extrajeron las piedras para su construcción.

Varios de los pilares más altos o sean los que se hallan en el Azoguejo, están introducidos bajo la superficie unos 4 m etros, existiendo, por tanto, una eleva-

ción desde su base hasta el último punto de 34,23 metros.

Los sillares de forma cuadrilonga, son de piedra berroqueña, granigruesa, blanca vetada de negro y en la actualidad están cárdenos y oscuros.

Todas las piedras, algunas hasta de 1,74 m. de longitud, ofrecen algún frente en la obra, así es que pueden contarse con facilidad.

En el año 1815 un carro que conducía un cañón, arrancó un sillar de gran tamaño, pudiendo observarse no existía mezcla alguna o trabazón para sujetarle y sí solo un perfecto acoplamiento.

Algunos pintores del acueducto han dicho estaban sujetos los sillares con trabazón de hierro, otros, que presentaban los pilares las frentes de piedra y el interior era de argamasa.

Mucho, muchísimo, se ha dicho erróneamente de tan gran obra por personas que en su mayoría hablaron de ella sin haberla visto y de hacerlo no se fijaron

en su fábrica, hasta decir algunos tenía tres hileras de arcos.

Antes hemos dicho que en los nichos existentes sobre la mencionada cartela (según algunos historiadores) hubo en tiempos unas estatuas de Hércules. Quienes tal aseguran, afirman de igual forma que éste fué constructor del edificio y fundador de la ciudad de Segovia. Conociendo que Hércules no existió y sí sólo fué producto de la fantasía mitológica de los antiguos, queda desterrada la idea de que fuera él quien construyese el acueducto. Y en el afirmativo caso de que en los tales nichos existieran estatuas de Hércules (personaje mitológico representado por un hombre corpulento) ¿no pudiera ser que éstas se hubieran puesto como remate ante tan prodigiosa obra y para demostrar el supremo esfuerzo que hubo de hacerse?

Un sabio académico de la Real Academia de San Fernando, muy atinadamente, a nuestro parecer, escribió en un folleto (que por la muerte de un autor quedó sin

terminar e inédito) que «los huecos existentes en el sotabanco se destinaron a sepulcros de los constructores y los nichos para estatuas de los mismos, no pudiendo llevarse a efecto ésto, acaso porque muriesen lejos de Segovia y cuando los romanos no gobernaban España».

Esto que como decimos, nos parece muy atinado, nos dá la afirmación de que la obra es romana, afirmación que subsiste en todo el incompleto citado trabajo, y de que en los nichos no hubo estatua alguna hasta el año 1520 en que el ensayador de la Casa de la Moneda, Antonio de la Jardina, hizo colocar a sus expensas las imágenes de Nuestra Señora por el lado que mira Occidente y la de San Sebastián por el de Oriente. Por otra parte, nos atrevemos a conjeturar nosotros, pudiera ser que las estatuas hubiesen existido y en alguna de las invasiones de los bárbaros, las echaran abajo, pero no cabe duda que en los sepulcros no hubo nadie, pues cuando se reconocieron a mediados del pasado si-

glo, sólo se halló dentro de ellos tierra hasta casi llenarlos, y cabe suponer, de extraer algún cuerpo que hubiera en su interior, cosa por sí difícil, no habrían echado después tierra hasta llenar los sepulcros.

El mentado académico empieza diciendo en su folleto, le escribe para probar el origen romano del «Acueducto de Segovia» y la no terminación de su trabajo nos deja con el ansia de tales pruebas.

Habla asimismo, de que en el año 14... conservaba la cartela las letras C. N.; pero no dice en el orden en que estaban colocadas.

Se calcula en unos 58 metros cúbicos el volumen de la fábrica, y con un peso probable de 12.000.000 de kilogramos y en 25.000 el número de sillares.

Los sillares interiores de los pilares más altos, sufren la presión de 9,5 kg. por centímetro cuadrado, o sea, más de la quinta parte del límite de resistencia al aplastamiento de la piedra de que está

construido, dando esto idea del atrevimiento de la obra.

La grandeza de este soberbio monumento, que persevera a pesar de los siglos, las guerras con su invasión devastadora y las inclemencias del tiempo, hizo exclamar a un inglés en el año 1812: *Si una obra como ésta se hallase en mi patria, estaría colocada entre cristales.*

A principios del pasado siglo existían muchas casas pegadas al acueducto, que a más de quitar magnificencia al edificio amenazaban hacerle poco duradero, pues en algunas hallábase el hogar pegado a los pilares, aparte que estos edificios interrumpían grandemente la circulación de carruajes por debajo de algunos arcos. Se habló de la destrucción de estas casas en favor del monumento y fué preciso que en el mes de Septiembre del 1806, volcase el coche que conducía a la Embajadora de Suecia, por pasar difícilmente entre un pilar y los edificios que le circundaban, poniendo en gran peligro la vida de tan gran señora, para que el 17 de

Noviembre del mismo año, empezase la demolición de las casas que afeaban y arruinaban el puente, durando las obras algunos meses, de resultas de las cuales se tiraron 41 casas, dando mayor esplendor al monumento, aun cuando no todo lo que se merece, pues debiera circundarle una hermosa plaza desde el tercer ángulo, o sea, desde donde empieza la doble fila de arcos hasta su final, ya que, dicho por grandes sabios, esta es la primera obra de arquitectura de Europa y de las primeras del mundo.

Una de las veces que el acueducto mostró su majestad, fué cuando con motivo de la traslación del Santísimo Sacramento desde Santa Clara a la Catedral y celebración en ésta de los primeros oficios divinos, le iluminaron; distinguiéndose el resplandor desde las montañas de León.

Otra, que mostró resplandor fantasmagórico, fué el 24 de Agosto del 1642, con motivo de un voraz incendio que abrasó 25 casas y amenazaba destruir

todo el arrabal de Santa Columba.

Los treinta y seis arcos que por mandato de Isabel la Católica reedificara fray Juan de Escovedo, aun cuando éste se ajustase al modelo del resto del edificio y demostrara con su labor era capaz de hacer otro acueducto análogo, se diferencian bastante de los antiguos, por lo que el mariscal Ney, haciendo mención a la leyenda, de que lo construyó el diablo, exclamó al ver estos arcos: *Aquí empieza la obra de los hombres.*

Admira, pasma, sorprende y no se hallan palabras con que demostrar la emoción que se siente ante tan grandiosa obra.

Un monumento con más de 2.000 años de vida, por el cual hasta hace poco ha estado pasando casi sin interrupción copioso caudal de agua (27 litros por segundo), sufriendo el furioso ímpetu de invasores, terremotos, tempestades y huracanes, y aún se conserva con toda su majestad, no puede por menos de sorprender, tanto al sabio como al rústico, al grande como al pequeño.

Aunque, según el viejo apotegma, toda comparación es odiosa, no podemos resistir a la tentación de hacer un cotejo de esta obra, con otras también antiguas y de igual índole; paralelo o comparación, que dará mayor realce a nuestro acueducto.

El Puente de las Ferreras o Acueducto de Tarragona, consta de treinta y seis arcos, en dos hileras; once en la parte inferior y veinticinco en la superior, con una altura total de 28 m. y una longitud de 203,75 m. Sus sillares se hallan sujetos sin argamasa ni cal alguna, y por su fábrica se asemeja al de Segovia, si bien éste es superior en tamaño y de mayor grosor los pilares, así como de gusto más refinado la arquitectura.

Se sabe que es de origen romano; pero se desconocen sus constructores, y por lo tanto fecha exacta de su erección.

El Puente de Garda, en Nimes (Francia), fué mandado fabricar, según algunos historiadores, por Agripa, sobre el río Gardon.

Es de orden toscano, con cincuenta y tres arcos en tres puentes o hiladas, repartidos en la siguiente forma:

El primer puente consta de seis arcos, el segundo de once y el tercero de treinta y seis. Hacía veces de puente, facilitando el paso del río a los caminantes, por las bases de la segunda hilera de arcos, a cuyo efecto tenían suficiente salida, y de acueducto sobre el tercer orden de arcos. Los sillares de este edificio están sujetos sin argamasa alguna ni trabazón.

Mide 58,67 m. de alto y 249,73 m. de largo, midiéndole por el segundo puente.

El edificio de Segovia es de menor altura, aun cuando de mayor longitud, superándole asimismo, en el número de arcos; pero de una hilera menos de éstos.

Los acueductos de Mérida, de los que se conserva muy poca obra, en nada se

parecen al de Segovia, pues aquellos se ve estaban contruídos con argamasa y cubiertos en lo exterior con una hilada de ladrillos y cantería almohadillada. Sin duda por esto se hallan derruídos, ya que la argamasa, por dura que sea, ha de ser más blanda que la piedra berroqueña de que está contruído el nuestro; no obstante, puede asegurarse que aquéllos eran de mayor magnificencia que éste.

El puente romano sobre el Guadiana, en Mérida, mide 950 varas de largo por 8 de ancho (1). Sus arcos, circulares, aunque no iguales, pasan de sesenta y cuatro.

Tiene una escalera de un solo ramal, de piedra berroqueña, desde el templete a una especie de malecón, por el lado derecho.

Su arquitectura es sencilla y análoga al «Acueducto de Segovia».

(1) Según Moreno de Vargas en su historia.

El puente sobre el riachuelo Albarregas, en Mérida, también de origen romano, mide 119,60 m. de largo, 7,23 m. de ancho y otro tanto de altura desde el agua.

Consta de cuatro arcos grandes y dos pequeños en un extremo. Es obra sólida y de admirable construcción.

Se cree que estos puentes los construyó Cayo Julio Lacer, por analogía en el estilo con el puente de Alcántara.

El puente de Alcántara, sobre el Tajo, fué construído por Cayo Julio Lacer, dedicado al emperador Trajano, como consta en una de las inscripciones que aun conserva. Mide 260 m. de longitud, 9 m. de ancho y 78 m. de elevación, desde el fondo del río al piso del puente.

Tiene seis arcos con siete pilares, dos de los cuales tienen su asiento en el río. De un pilar a otro existe la enorme distancia de 46 m.

En medio del puente hay una torre de:

18 m. de altura, con un grueso de 4 metros, cosa que asombra mirándola desde la orilla del río.

Sus sillares son de piedra berroqueña y su arquitectura es más prolija que la del acueducto de Segovia, pero éste supera a aquél en la fortaleza de sus sillares y falta de argamasa o mezcla en su obra, así como en la antigüedad y conservación.

El puente de Salamanca sobre el río Tormes mide 500 pasos de largo y 12 de ancho. (1) Consta de veintisiete arcos y se supone romano, pero al igual que nuestro acueducto, no se sabe quién lo construyó y sí sólo que el emperador Trajano hubo de reedificarle.

Es gran obra, pero no llega ni con mucho a la magnificencia del acueducto segoviano.

(1) Gil González en su Historia de Salamanca.

De los acueductos y puentes de Roma nada diremos, pues por su estado ruinoso es de difícil cotejo con el nuestro.

La utilidad, la solidez en su ejecución, la valentía de la empresa, hace de esos edificios que por su interior corre el agua a semejanza de un río, los más bellos monumentos del poder y del genio romano, dice Gibbón hablando de las grandezas de esta capital.

En todos cuantos escritos de que nos hemos valido para hacer este pequeño trabajo se habla del acueducto segoviano sublimizándole, aun cuando en algunos, como queda dicho, se cometan errores lamentables, que acaso nosotros también hayamos sufrido, al hacerlo de los otros edificios a que hacemos mención, por no haberlos visto, sacando los datos de otros historiadores.

Estudiando la construcción del *granítico coloso*, puede asegurarse no fué ejecutada por un artista eminente, pues la

obra es sencilla y tosca, pero de tanta solidez que contra los embates de la vida parece durará mientras exista el mundo, siendo este el mayor elogio que puede hacerse de tanpreciado edificio.

Este sublime puente, que tanto ennoblece a Segovia, ha merecido, bajo la protección de un invisible hado, la consideración de muchísimas generaciones, conservándose inmóvil a las revoluciones de la tierra y transcurso de los siglos.

El amor a la antigüedad, el orgullo de todo buen español, por este prodigioso monumento único en el mundo, debe dar impetuoso avance al patriótico celo y no desalentar en su conservación.

Hemos dicho *único en el mundo* y no nos retractamos, pues no existe una sola nación que conserve un edificio en estado de servir para el fin a que fué destinado por los poderosos romanos.

Algo hemos dicho ya para dar mayor esplendor al famoso puente y con fervor, con todo el cariño que nos inspira la madre patria, creémosle merecedor de que

en toda su extensión, le circunde un ancha calzada permitiendo admirarle de un solo golpe de vista.

No ya como edificio de provechosa utilidad, sino como suntuoso monumento que ennoblece a Segovia, de la que es perpetuo vigilante, debéis, segovianos ilustres, abogar por su conservación y recordar, con vuestro acendrado cariño al divino arte, la época gloriosa de su erección.

UNA PESETA